

# Añorando a Ángel

Carlos Arenillas

**P**or Ángel fui capaz de superar mi miedo escénico, mi angustia cuando tengo que hablar en público, y participar en el acto de homenaje y recuerdo a su persona que se realizó en la Residencia de Estudiantes. Allí hablé sobre nuestra amistad, una amistad que es en realidad la amistad de cuatro personas: la de Ángel y Conchita con mi mujer, Mercedes, y conmigo.

Conocí a Ángel y Conchita hace más o menos veinticinco años. No recuerdo si era el invierno de 1985 o 1986. Sí recuerdo claramente que nos conocimos comiendo pavo en una cena de acción de gracias que nuestro amigo demógrafo David Reher y su mujer Maimen organizaban en su casa de la plaza de Olavide. Mercedes y Conchita eran compañeras de departamento en la Facultad de Ciencias Políticas de la Complutense y aún no eran catedráticas. Ángel era por entonces director del Servicio de Estudios del Banco de España, y yo dirigía una empresa de servicios financieros que había fundado en 1983. Mercedes y yo teníamos treinta y pocos años, y Ángel y Conchita, cincuenta y tantos. Empezamos a quedar para cenar los cuatro, algo que se convirtió en un nuestro rito particular.

La amistad prendió por sorpresa, como siempre ocurre con la auténtica amistad. A lo largo de estos veinticinco años hemos cenado juntos de forma regular un par de veces al mes, que son muchas cenas. Una costumbre que Ángel mantuvo hasta pocas semanas antes de su muerte con una presencia de ánimo que a mí me impresionaba.

Nuestras cenas eran largas y hablábamos de casi todo: de política, de economía, de libros, de asuntos de la «prensa rosa» (algo que desesperaba a Conchita), de los hijos, de viajes, de la universidad, de chismorreos de la ría del Eo. El que más hablaba en las cenas era yo, seguido por Conchita —de hecho, tengo un libro dedicado por Ángel en el que me califica como el «gran charlatán»—. Ángel y Mercedes eran más silenciosos. En nuestras discusiones de política Ángel y Mercedes se solían situar por el centro, mientras que Conchita y yo siempre nos íbamos un poco hacia la izquierda. En temas religiosos todos éramos contrarios al clero. Ángel era una fuente de descubrimiento de lecturas. Coincidió mucho con los gustos de Mercedes, sobre todo en novelas policíacas —adoraba las novelas del comisario Montalvano, de Andrea Cami-

llieri—, y estaba de acuerdo conmigo en que una de las mejores novelas de todos los tiempos era *Moby Dick*, de Herman Melville.

A Ángel una de las cosas que más le gustaban, además de las flores, era comer, pero era muy caprichoso. Por ejemplo, no podía comer nunca setas (excepto perrechicos), porque, insistía machaconamente, «uno se podía morir comiendo setas». Nunca conseguí entender el origen, real o imaginario, de esta manía.

A menudo quedábamos los dos a solas, cosa que a Conchita le parecía muy bien porque ella «no sabía qué darle de comer». Él tenía pasión por los restaurantes de comida italiana, y yo, para complacerle, siempre estaba pendiente de la apertura de nuevos locales. También recuerdo nítidamente las opíparas y apasionantes comidas en la biblioteca del Banco de España durante su mandato como subgobernador y gobernador, durante las cuales le gustaba que le contara cómo veía yo los mercados financieros. Él siempre callaba y me escuchaba. En el momento de los postres siempre acababa cambiando a uno de sus temas favoritos: criticar a los alcaldes de Madrid.

Otra pasión de Ángel que pudimos disfrutar era viajar, sobre todo a Italia. Los cuatro hicimos juntos tres viajes largos a Italia, dos a Sicilia y uno a Florencia. Un detalle de estos viajes creo que ilustrará la fascinante personalidad de Ángel y su amor por la cultura en el sentido más amplio de ambas palabras: nuestra excursión para ver los guerreros de bronce de Reggio Calabria.

Era la primavera del año 2000, y Ángel estaba a punto de concluir su mandato como gobernador y de cerrar un capítulo muy importante de su vida. Yo lo veía cansado. Era nuestra segunda expedición a Sicilia, y los cuatro habíamos decidido dedicarnos esta vez a la parte este de esa isla que nos fascinaba. Habíamos cogido unas habitaciones en un hotelito en Ortigia, una preciosa y vieja ciudad unida a Siracusa por una pequeña lengua de tierra. Era nuestra «base de operaciones». Desde ahí hacíamos cada día excursiones en coche a muchos sitios. Como Ángel decía, «¡hay tanto que ver en Sicilia...!». Fuimos a Noto, Ragusa, Catania, Taormina... Efectivamente, había mucho que ver.

Ángel y yo éramos los encargados de planificar los viajes. Esto nos obligaba a cruzarnos mucha información sobre aviones, hoteles, coches para alquilar, lugares, cuadros o esculturas que no podíamos dejar de ver y, sobre todo, restaurantes donde comer. El viaje estaba bien planificado y todo iba bien. Ortigia era un lugar delicioso y daba pereza salir y recorrer decenas de kilómetros por las carreteras sicilianas para ir a otros sitios. Ni que decir tiene que Ángel era nuestro cicerone cultural: se lo sabía casi todo y, más importante aún, lo explicaba muy bien.

Desde el principio, antes incluso de salir hacia Sicilia, Ángel insistía en que quería ver «dos titanes griegos de bronce» que habían sido recientemente descubiertos en el fondo del mar y que se exponían desde principios de año en el museo de Reg-



Luis Ángel Rojo en Florencia, mayo de 2001. (Fotografía de Carlos Arenillas)

gio Calabria. Se los databa como del siglo V a. C. Los demás nos preguntábamos si con tantas cosas griegas como había en Sicilia merecía la pena recorrer en el día cuatrocientos kilómetros (ida y vuelta) y saltar a la península en barco para ver «eso». Pero nada, a pesar de nuestros argumentos y tretas, él insistió e insistió. ¡Y Ángel podía ser muy testarudo a veces! Así, dedicamos un día entero a este asunto. Recorrimos en coche los casi doscientos kilómetros que separan Siracusa de Mesina y cruzamos el estrecho de Mesina en unos ferris cargados de personas que iban a trabajar al continente y en los cuales éramos los únicos turistas. Pasamos calor, mucho calor. Nos perdimos, y sobre las dos de la tarde, cansados y algo malhumorados, conseguimos llegar al museo. Milagrosamente estaba abierto, cosa rara en Italia, y prácticamente vacío. En la planta baja estaban los dos «titanes», en realidad dos guerreros griegos de tamaño natural. Bellísimos. Su estado de conservación era excelente. La delicadeza de las esculturas y la armonía de las formas humanas eran pasmosas. Los cuatro, solos, nos quedamos hipnotizados. Evidentemente le dimos las gracias por habernos obligado a venir desde tan lejos a ver aquella exquisita muestra de cultura milenaria. Ángel estaba feliz y orgulloso. Esa noche, cuando llegamos a Ortigia, nos fuimos a cenar pasta con sardinas a nuestra taberna favorita y hablamos de los griegos y de lo feo que se estaba poniendo el mundo a comienzos del nuevo siglo.

Nunca olvidaré ese viaje a la vieja Sicilia a comienzos del año 2000 en compañía de Ángel y Conchita.

Nunca olvidaré a Ángel. Su dulce y desinteresada amistad es imperecedera. Aún tengo su número de móvil en el mío, con una pequeña foto suya incorporada que aparecía cuando me llamaba. No soy capaz de borrarlo.

**Carlos Arenillas\***

---

\* Dirección para correspondencia: [bile@fundacionginer.org](mailto:bile@fundacionginer.org)